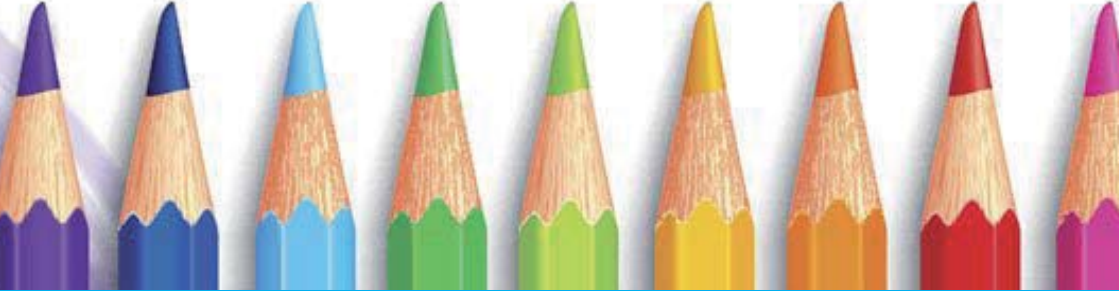


REDESCUBRIR LA PÓLVORA

Una maestra está en clase de dibujo con niños de seis años. Al fondo del aula, una niña se concentra durante más de veinte minutos. No levanta la vista del folio. Cambia de color una y otra vez. Está absorta, fascinada con su tarea; tanto, que la maestra, aun sabiendo que puede interrumpir ese flujo creativo, le pregunta a la niña qué está haciendo. *Estoy dibujando a Dios*, contesta la pequeña artista. La maestra replica: *Pero nadie sabe qué aspecto tiene Dios*. Entonces la niña deja de colorear y se gira hacia su profesora: *Lo sabrá enseguida. Deme dos minutos*.



¿Y QUÉ PASA CON LA FAMILIA?

La historia es conocida y se usa para destacar que los niños tienen una confianza asombrosa en su imaginación. Vale. Pero también puede servir para recordarnos la *naturalidad* con que vivimos todo aquello que damos por supuesto. La respiración, por ejemplo. ¿Es que alguien se extraña de que una y otra vez sus pulmones se hinchen? ¿Necesitamos un razonamiento para tomar aire? ¿Nuestra voluntad ha de empeñarse en inspirar y espirar? Pongamos otro ejemplo: la música. ¿No es habitual que una canción nos conmueva? ¿Necesitaremos argumentar por qué un estribillo nos alegra la vida? Está claro

que no. La música no se deja interrogar fácilmente, porque no es una pregunta, sino más bien una respuesta.

Ante estas cosas evidentes, ¿qué hacer? La alternativa es la siguiente: podemos limitarnos a repetir tópicos y frases hechas (decir, por ejemplo, que la música es un misterio o que amansa a las fieras) o podemos empeñarnos en complicar lo que parecía sencillo (y sostener, por ejemplo, que se requiere una especial preparación para comprender una melodía y que, en realidad, pocos son capaces de apreciar lo que Haendel compuso).

Así pues, el dilema es urgente: **o descubrimos la pólvora o le buscamos tres pies al gato.**

La necesidad de resolver este dilema se acrecienta cuando afecta a algo en lo que literalmente nos va la vida. Me refiero a **la familia.**

Todos hemos nacido en una familia. No partimos de cero. No venimos de las estrellas. No nos hemos hecho a nosotros mismos. Lo dice nuestro apellido, pero, sobre todo, lo demuestra nuestro cuerpo: *el ombligo es el signo de que no estoy hecho por mí, sino de que procedo de otras personas*, ha escrito Fabrice Hadjadj. Estoy precedido por otros en mi origen. Esos otros son mi familia.

Así pues, la familia es un fundamento. ¿Y puedo acaso fundamentar en otra cosa ese fundamento? Si lo pretendiera,



debería recurrir a un principio anterior, y entonces la familia sería una realidad secundaria, y ya no un fundamento. ¡Ay, qué lío! Si sigo por este camino, quizá le encuentre los tres pies al gato.

Sucede más bien que no hay nada que demostrar acerca de la familia, de la misma forma que a nadie puede convencerse de que el sol ilumina.

Ahora bien, una cosa es que la familia no exija una demostración (y mucho menos una demostración científica), y otra cosa es que de la familia no se pueda decir nada o no se pueda saber más. Vienen aquí a cuento las palabras de Leonardo

La familia es un fundamento

Polo: *Siempre se puede pensar más.* Sobre la familia siempre se puede pensar más... y mejor.

Se rompe así el dilema apuntado. No se trata de repetir simplezas, y tampoco de propiciar complicaciones mentales de artificio. Es el tiempo de *redescubrir* la pólvora.

Imaginemos que nos hallamos frente a una persona bienintencionada y sensata. Le preguntamos cuáles serían, a su juicio, los elementos esenciales de una familia. Esa sensatez quizá le llevaría a definir la familia como: 1º) El lugar del primer **amor**, un espacio en el que los padres aman y el hijo es amado; 2º) El lugar de la primera **educación**, un espacio

en el que los padres preparan para su hijo el mejor de los futuros posibles; y 3º) El lugar del respeto a las **libertades**, un espacio de promoción de la autonomía personal.

¿A que todo esto suena bien? Sí... Pero no. Ese punto de partida resulta insuficiente. ¿Por qué? Me explicaré.

Fíjese que todos los elementos indicados se refieren al *bien* del hijo.

¿Pero qué pasa con el *ser* del hijo? Nos estamos preguntado *qué* es la familia, pero nada

sobre en qué consiste *ser* hijo. Como tampoco nada se dice acerca de la realidad del padre y de la madre, oscurecida acaso por los deberes de uno y de otra.

¿Podremos así ahondar en la naturaleza de la familia, explicar algo más acerca de ella? A esta pregunta ha contestado con su habitual contundencia el filósofo francés antes citado: *Al pretender fundar la familia perfecta en el amor, la educación y la libertad, lo que se fundamenta, en realidad, no es la perfección de la familia, sino la excelencia del orfanato.*

Necesitamos, pues, reexaminar esos tres elementos fundamentales (el amor, la educación y la libertad).

Podemos volver a ellos como quien da un paso atrás para coger carrerilla y saltar... hacia abajo, hacia la profundidad de los cimientos.

Lo primero que podemos advertir es que en la familia se da un **amor sin preferencia**. Eso es algo específico del hogar. Se trata de un amor que no depende de la elección (un padre no elige a su hijo) ni de la *comparación* (una madre no ama a

su hijo como consecuencia de un *casting* entre hermanos). Un hijo se acoge incondicionalmente, y a un padre se le quiere aunque no sea un héroe de película (y,

si lo es, también). La familia se convierte, pues, en la escuela de la caridad. En ella se nos dan naturalmente nuestros primeros *prójimos*, aquellos a los que amamos sin

haberlos elegido.

A ese **amor** sin preferencia le sigue, en el ámbito educativo, una *autoridad sin cualificación*. Ni el padre es un experto ni la madre es la directora de una firma profesional dedicada a la pedagogía. Él y ella saben que, si esperaran a ser un buen

La familia se convierte, pues, en la escuela de caridad



padre o una buena madre para tener un hijo, esperarían eternamente. En rigor, nadie está preparado para ser padre. Y es que, de una forma más natural, lo que sucede es que el hijo adviene y llega. La familia no es primordialmente un proyecto de **educación**, sino una **realidad de filiación**. Y olvidar esto puede traer consecuencias desastrosas. Por un lado, cuando los padres no saben confesar su propia incompetencia, es fácil caer en el



autoritarismo. Por otro lado, la obsesión pedagógica (esa idea de que los padres son *expertos*) propicia que el hijo se coloque siempre en el *centro* de todo, sin reparar en que así se le priva de la observación del mundo adulto y de la posibilidad de crecer.

En cuanto a la **libertad**, en la familia se da una paradójica *libertad sin independencia*. Los miembros de una familia dependen unos de otros. Están unidos por la necesidad, pero no por la elección. No es una dependencia contractual. Es la interdependencia de quienes comen en la misma mesa. Unos por otros se adentran en una aventura que deshace sus proyectos. La familia es siempre excedida por ella misma.

Así es. Se ha dicho que *las cosas más importantes no son cosas*. Y con la misma lógica se ha dicho que *la familia es siempre el lugar donde no funcionan las cosas*. La familia no es primordialmente un lugar funcional, sino existencial. Los lazos familiares no son las conexiones eléctricas de un circuito. La realidad de una familia no cabe en un plano; si cupiera en algún

sitio, sería en una novela de aventuras. Sabemos por experiencia que la familia no es siempre un remanso de paz, pero también sabemos que en su naturaleza no está la de convertirse en un *campo de batalla*, sino más bien en un **campo de labranza**.

La realidad de una familia, si cupiera en algún sitio, sería en una novela de aventuras

Podemos volver a estas ideas fundamentales. No hay excusas. No podemos pretextar lo que, discutiendo sobre arte con su profesor de filosofía, dijo aquel alumno: *oiga, sobre gustos no hay nada escrito*. Fue entonces cuando, refutando

esa idea tan banal, el profesor informó al alumno de todo cuanto, a lo largo de la Historia, había generado la sabiduría humana: tratados de estética, estudios artísticos, indagaciones sobre la belleza... *Mire, sobre gustos hay mucho escrito. Lo que pasa es que usted no lo ha leído.*

..... **ALFONSO PAREDES**

EL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS



La imagen del Sagrado Corazón de Jesús, nos recuerda el núcleo central de nuestra fe: todo lo que Dios nos ama con su Corazón y todo lo que nosotros, por tanto, le debemos amar. Jesús tiene un Corazón que ama sin medida. La Iglesia dedica todo el mes de junio al Sagrado Corazón de Jesús, con la finalidad de que los católicos lo veneremos, lo honremos y lo imitemos.

Debemos vivir este mes demostrándole a Jesús con nuestras obras que lo amamos, que correspondemos al gran Amor que Él nos tiene y que nos ha demostrado.

Santa Margarita María de Alacoque era una religiosa de la Orden de la Visitación. Tenía un gran amor por Jesús, y Jesús tuvo un amor especial por ella. Se le apareció en varias ocasiones para decirle lo mucho que la amaba a ella y a todos los hombres y lo mucho que le dolía a su Corazón que los hombres se alejaran de Él por el pecado. Durante estas visitas a su alma, Jesús le pidió que nos enseñara a quererlo más, a tenerle devoción, a rezar para que su Corazón no sufra más con nuestros pecados.

Nosotros podemos demostrar nuestro amor al Sagrado Corazón de Jesús con nuestras obras: en esto precisamente consiste la **devoción al Sagrado Corazón de Jesús**.

Jesús le prometió a Santa Margarita de Alacoque, que si una persona comulga-

ba los primeros viernes de mes, durante nueve meses seguidos, le concedería lo siguiente:

1. Les daré todas las gracias necesarias a su estado.
2. Pondré paz en sus familias.
3. Los consolaré en todas las aflicciones.
4. Seré su refugio durante la vida y, sobre todo, a la hora de la muerte.
5. Bendeciré abundantemente sus empresas.
6. Los pecadores hallarán misericordia.
7. Los tibios se harán fervorosos.
8. Los fervorosos se elevarán rápidamente a gran perfección.
9. Bendeciré los lugares donde la imagen de mi Corazón sea expuesta y venerada.

